



*Chodkiewicz, Grand-General.*

Chodkiewicz, gran general.

ABDICACION DE JUAN CASIMIRO.

1668. Ocurrieron nuevas incursiones de los Cósacos, aliados de los Tártaros y de la Puerta, en los últimos años del reinado de Casimiro; ni aun las victorias de Sobieski pudieron contener estos ataques, que se renovaban sin descanso. El corazón del rey, despedazado con tantos y tristes acontecimientos, recibió un golpe mortal con la muerte de María Gonzaga; y la Francia, envidiosa de la influencia que el Austria ejercía en Polonia, redobló sus instancias para que Casimiro abdicase, con la esperanza de ver mas adelante un príncipe de la casa de Condé en el trono polaco. Abdicó Juan Casimiro, y se despidió de su pueblo, entregado al mayor dolor, con un discurso mezclado de lágrimas que pronunció en presencia de la dieta, en 1668, y que la historia ha conservado religiosamente.

TRISTES RESULTADOS DEL REINADO DE LOS WASA.

El advenimiento de la dinastía de los Wasa al trono polaco marca la época de la decadencia del país. La Europa nunca ha sabido agradecer el sacrificio de la Polonia, que fué en el siglo diez y siete la vanguardia del cristianismo contra las invasiones otomanas, y este ha sido un grande error. Situada la Polonia entre la Moscovia y el imperio de Austria, estados que se engrandecian diaramente y amenazaban sus fronteras, encontraba en la Turquía un aliado natural; porque el objeto que la Puerta se proponía alcanzar con sus continuos ataques, no era la conquista de bosques agrestes ó de llanuras desiertas en el Norte, sino el de abrirse en Alemania un camino hácia el sur, cuyas riquezas escitaban su codicia. El Austria sola tenia pues que temer, y dió un golpe maestro asociando la Polonia católica á su causa.

Las disensiones religiosas, encendidas bajo Sijismundo III y atizadas celosamente por los jesuitas, cooperaron á dar apoyo á los planes políti-

cos del gabinete austríaco. Sijismundo preparó tambien el camino al czar y al margrave de Brandeburgo, obligando con persecuciones á los súbditos del rito griego ó reformado á que se echasen en los brazos de estos dos príncipes. Pero no previó las calamidades que serian la consecuencia de estas faltas; y á Juan Casimiro estaba reservado dar el postrer golpe á la Polonia y presenciar su decadencia. Mas intolerante que su padre Sijismundo, que se habia contentado con derribar los templos de los protestantes, Juan Casimiro los desterró del país.

El reino pareció haber llegado al término de su disolucion; los Cósacos se sometian á la Rusia, y las invasiones de Bogdam Chmielnicki enseñaban por medio de ruinas cuán costoso es un estúpido fanatismo; los protestantes invocaban el apoyo del Brandeburgo y la Suecia; la flor de la nacion sucumbia en los sangrientos encuentros de la guerra civil ó bajo el alfanje turco; finalmente el Imperio, para asegurar mejor los resultados de su obra, sembraba títulos y diplomas de condes y príncipes entre la nobleza polaca, ya muy envanecida y sedienta de honores.

Desde entonces la vieja Polonia, socabada por tantas causas reunidas, marchó rápidamente á su ruina, y si aun lucieron momentaneamente para ella algunos hermosos días, no fueron mas que ráfagas impotentes.

MIGUEL WISNIOWIECKI.

1669-1673.

No faltaron candidatos cuando la abdicacion de Juan Casimiro motivó una nueva eleccion real, contándose entre ellos el gran Condé y la famosa Cristina de Suecia, que quería ceñirse otra corona, arrepentida de haber dejado la primera. Pero los competidores mas temibles eran el palatino del Rin, á quien apoyaba el senado, y Carlos, duque de Lorena, sostenido por la nobleza. En medio de esta lucha fué elegido Miguel Wisniowiecki, biznieto del ilustre Zamoyski. Pobre y humilde en

sus pretensiones, aunque descendiente de una familia real, se vió obligado á admitir este honor, casi á pesar suyo, pues conocia que su carácter indolente le hacia muy poco apto para desempeñar tan alto puesto, y no se engañaba porque los espíritus turbulentos del interior y los enemigos exteriores entorpecieron muy luego la marcha de su reinado.

Mahometo IV fué el primero que supo aprovecharse de la apatía del nuevo rey, invadiendo la Ucrania y tomando á Kamieniec, la plaza mas fuerte de Polonia. Aprestóse Miguel á firmar un tratado con él en Budzacz (1672), por el cual toda la Ucrania quedó cedida á la Puerta y los Cosacos sujetos á su dominio; Kamieniec quedó tambien en poder de los Turcos, empeñándose la Polonia á pagarles un vergonzoso tributo de veinte y dos mil ducados.

Una paz tan humillante debia despertar la energía nacional, y muy luego la nobleza, reunida en Golembiow, se formó en confederación con el doble objeto de robustecer el poder real y destruir el dominio oligárquico de algunos magnates. La nobleza polaca seguia en esto el movimiento análogo de la Dinamarca, emprendido doce años antes, y que habia ocasionado la célebre revolucion de 1660.

La confederación decretó la destitución del primado Prazmowski que habia querido humillar anteriormente á la corona, confiscó sus bienes y declaró traidores á la patria á los nuncios cuyo *veto* habia paralizado la acción de las dietas. El primado, refugiado en Lowicz, se entregó á culpables intrigas de acuerdo con el gran hetman Sobieski, pero este borró muy luego sus faltas con nuevos triunfos sobre los Turcos.

Miguel Wisniowiecki, siempre débil é indolente, no se aprovechó de los recursos que ofrecia el partido nacional, y perdonó al primado, el cual, reintegrado en sus bienes y honores, intrigó nuevamente contra su soberano. Otra vez iba á estallar la guerra civil, cuando la muerte de Prazmowski, especie de cardenal de Retz, y la del rey, acaecidas con

muy corto intervalo, terminaron la disputa. Falleció Miguel en Leopold, en 1673, cuando iba á reunirse con el ejército, que alcanzó, al día siguiente de su muerte, una señalada victoria cerca de Chocim sobre sesenta mil Turcos, merced á las sabias disposiciones de Sobieski.

Han comparado algunos á Miguel Wisniowiecki con Galba, y en efecto se puede decir de ambos: *Medium ingenium magis extravit quam cum virtutibus*; pero difícil es hacer aplicación al soberano polaco de lo que Tácito añade hablando del emperador romano: *Major private visus dum privatus fuit et omnium consensu capax imperii nisi imperasset.*

#### INTERREGNO.

1674. Aquella misma corona que Juan Casimiro habia ofrecido en vano á todos los monarcas en un momento de desesperación, fué objeto de sus vivos afanes despues de la muerte de Miguel. Trece príncipes, siete de ellos soberanos, se presentaron para pretenderla, sobresaliendo entre los competidores:

Jacobo Estuardo, despues Jacobo II, rey de Inglaterra.

Guillermo de Nassau, posteriormente Guillermo III, rey de la gran Bretaña.

Emilio, hijo de Federico Guillermo, elector de Brandeburgo.

Jorge, príncipe heredero de Dinamarca.

Maximiliano, duque de Baviera.

Francisco II, duque de Modena.

Tomás, duque de Saboya.

Luis, duque de Vendoma.

El gran Condé.

Luis de Soissons.

Carlos V, duque de Lorena.

Juan Guillermo, duque de Neuburgo.

Don Juan de Austria.

Miguel, duque de Transilvania.

Alejo Michaelowitch, czar de Moscovia.

Fiedoro Alexievitch, czarevitch,

Y Juan Sobieski, gran mariscal y gran hetman de los ejércitos polacos.

Triunfó el partido nacional en es-

ta lucha encarnizada entre tantos rivales, y Sobieski, célebre ya por muchas victorias, fué proclamado rey de Polonia.

#### JUAN III SOBIESKI.

1674-1696.

Antes de hacerse coronar en Cracovia con su esposa María Casimira de Arquien, quiso celebrar Sobieski su advenimiento con una acción gloriosa. La confusión inseparable de un interregno habia dado márgen á que los Turcos recobrasen Chocim, antes testigo de su derrota, é invadiesen la Ucrania. La presencia de Sobieski que sembraba un profundo terror en sus filas, limpió pronto el país de las hordas musulmanas que lo asolaban, y Doreszenko, hetman de los Cosacos, fué castigado de su felonía con la confiscación de todos sus bienes. Desgraciadamente las intrigas de Miguel Pac, envidioso de la celebridad de Sobieski, paralizaron las operaciones hasta que el invierno suspendió enteramente su curso.

#### TRATADO DE ZURAWNO.

1676. Poco faltó para que la campaña siguiente fuese fatal al país. Llevado el rey de su fogosidad, se vió cortado del cuerpo principal del ejército por el hábil Ibrahim, apellidado el *Demonio*; y despues, encerrado en Zurawno, se halló sin víveres y sin esperanza de recibir socorros contra los ataques impetuosos del enemigo. Una casualidad salvó á Sobieski, pues habiendo descubierto un mortero en un subterráneo del castillo, pudo arrojar algunas bombas, lo cual hizo creer á los sitiadores que los Polacos habian recibido socorros. Entónces el jefe musulmán, ya muy ocupado en vencer la desunión de los bajás y el espíritu revoltoso de los jenizaros, propuso unas condiciones tolerables á Sobieski, quien siempre se habia rehusado, sea dicho en gloria suya, á ratificar el vergonzoso tratado de Budzacz, á pesar de su situación desesperada.

La paz de Zurawno restituyó á la Polonia las dos terceras partes de la Ucrania, y el resto fué cedido á los Cosacos. Además, quince mil prisioneros recobraron su libertad.

#### INTRIGAS DE MARIA CASIMIRA.

Ya se ha visto, al tratar del reinado de Juan Casimiro, cuántos daños habia causado al país el carácter inquieto de María de Gonzaga, esposa del rey. Sobieski fué tan poco afortunado como su predecesor en la elección de una esposa. María Casimira, de origen francés, y tan ambiciosa como avara, se ofendió de que Luis XIV hubiese rehusado el título de par al marqués de Arquien, su padre, á instigación del ministro Luvois. Este monarca la agravó aun mas cuando rehusó recibirla en Francia con una magnificencia igual á la que habia ostentado durante la visita de la reina de Inglaterra, «sabiendo, dijo él, establecer una diferencia entre una reina hereditaria y una reina electiva.»

María Casimira juró vengarse de estas dos afrentas, y á pesar de la resistencia del rey lo consiguió, llevando á cabo una alianza con el Austria contra la Turquía. Pallavicini, legado del papa Inocencio XI, apoyó fuertemente á la reina en esta circunstancia, lisonjeando á Sobieski con la esperanza de entablar así el enlace del príncipe heredero, Jacobo, con María Antonieta, archiduquesa de Austria. Luis XIV quiso enmendar su falta, pero ya era tarde: la altiva Casimira desechó cuantas proposiciones le hizo el marqués de Vitry, embajador francés en Varsovia, de parte de su soberano. La influencia francesa tuvo que ceder á la influencia austríaca, en todos tiempos funesta á la Polonia.

#### ALIANZA CON EL AUSTRIA.

1683. El imperio, en pugna ya con los Húngaros, á quienes la Francia escitaba á sublevarse y que se habian unido con los Turcos, miraba á Viena, su capital, amenazada de un riesgo eminente por el islamismo. En

esta crítica situación, el emperador Leopoldo recurrió á la Polonia; pero aunque la reina y la corte de Roma habian trabajado de antemano, Sobieski estaba todavía indeciso, cuando un lance de teatro precipitó el desenlace. El embajador de Austria y el legado del papa se arrojaron á los pies esclamando: « Señor, salvad el Imperio, señor, salvad la cristiandad. » La voz de la humanidad triunfó en el corazón jeneroso de Sobieski sobre los consejos de una política acertada, y firmó finalmente el tratado de alianza ofensiva y defensiva con el Austria.

Segun las cláusulas de este convenio, el emperador se comprometia á dar un contingente de sesenta mil hombres y la Polonia otro de cuarenta mil, renunciando el Austria, por artículos secretos, á todos los subsidios debidos por las guerras con la Suecia, y restituyendo el acta en que los estados se habian comprometido en aquella misma época desastrosa, á elegir un príncipe de la casa austriaca. También desistió de toda pretension sobre las salinas de Wieliczka y de Bochnia.

#### VIENA LIBERTADA.

1683. Muy eminente debia ser el peligro para que los diplomáticos austriacos accediesen á semejantes concesiones. El gran visir Kara-Mustafa, siguiendo su plan de campaña, avanzaba sobre Viena con la rapidez del rayo, despreciando las fortificaciones que encontraba al paso. El punto de reunion jeneral para las tropas que mandaba habia sido en el puente de Eszek, entre Buda y Belgrado; allí se habian reunido con sus contingentes Selim Geray, khan de los Tártaros, el príncipe Ducay de Moldavia, el hospodar de Valaquia, Sirvano Cantacuzeno, el duque de Transilvania, Miguel Apaffi, y Tekely, jefe de los insurrectos húngaros. Esta masa de combatientes reunidos ascendia á trescientos mil hombres, sostenidos por trescientas piezas de artillería, y lo que mas contribuía á exaltar el ardor de los musulmanes, era que el estandarte

del Profeta tremolaba en medio de sus filas.

El primer encuentro ocurrió el 7 de julio de 1683, cerca de Paternell, siendo su resultado una pérdida considerable. Diez mil Húngaros asalariados por el gobierno austriaco se pasaron á Tekely, en cuyas banderas se leian las mágicas palabras de « Dios, Patria y Libertad. » Al saber esta siniestra noticia el pusilánime emperador Leopoldo, huyó lleno de terror con su corte hasta Passau; fué tal el espanto, que el ejemplo del soberano fué imitado por setenta mil habitantes. El ejército otomano se presentó el 14 de julio delante de Viena, y al dia siguiente, sus baterías rompieron un fuego espantoso, y la ciudad fué acometida por todos lados. El hambre unió sus estragos á los de la artillería; parecia conspirar todo contra la salud de la capital, y el gran visir enumeraba ya los tesoros que debian corresponderle.

Entonces pensó Sobieski en cumplir su promesa, despues de haberlo dispuesto todo. Salió de Cracovia el 15 de agosto, día de la Asuncion, al frente de veinte y cinco mil Polacos y de treinta piezas de artillería, pero no tardó en tomar la delantera; acompañado de alguna caballería, « descoso, como se lo escribia á la reina su esposa, de oír los cañonazos de Viena y de beber el agua del Danubio. »

Dirijianse débiles socorros de todas partes del Imperio sobre el punto amenazado, y habiéndose reunido en la madrugada del 9 de setiembre, tomó Sobieski el mando supremo de las fuerzas coligadas. Distinguíanse entre los jefes colocados á las órdenes del monarca polaco, Carlos, duque de Lorena, su competidor á la corona, y los electores de Baviera y Sajonia. En una palabra, todo el Imperio habia acudido á esta accion decisiva, y como acertadamente dice Voltaire, *solo faltaba el emperador.*

Los dias siguientes se emplearon en tomar disposiciones, y al amanecer del 12 de setiembre de 1683 ambos ejércitos empeñaron la ac-



POLOGNIA.

POLOGNE.

Iglesia y Convento de Czenstochova.

cion (1). Pero la salvacion de Viena por Sobieski es un hecho harto memorable, para que nos separemos un poco del lenguaje lacónico que nos

prescribe nuestra rápida narracion; y aun al tratar de un acontecimiento que tanta influencia tuvo en la suerte de la Europa, depondrémos la pluma dejando hablar al elocuente historiador del héroe polaco.

«El campo enemigo que inflamaba, por su magnificencia, el bélico ardor de los soldados, estaba protegido por una zanja profunda, y delante de ella estaba situado el ejército musulman y formado al rededor del estandarte del gran visir que mandaba en persona el centro del ejército. El ala opuesta á los Imperiales se apoyaba en el Danubio y á su frente estaba el valiente y hábil Kara-Mehemet-Baja; la otra, dirigida por el anciano Ibrahim, cubria al ejército por el lado de los montes de Estiria. Los Transilvanos, los Valacos, los Arabes, los Tártaros y un cuerpo de jenizaros estaban alineados sobre las alturas fortificadas. Una artillería formidable estaba colocada en su frente, y como los Polacos amenazaban hácia el centro los accesos mas abiertos de aquella ciudadela, allí aparecian las masas mas compactas. El rey se dirigió tambien hácia este punto, mientras que Iablonowski cubria el ala dere-

(I) ORDEN DE BATALLA DEL EJÉRCITO CRISTIANO.

JUAN SOBIESKI,

REY DE POLONIA, JENERAL EN JEFE.

*Ala izquierda.*

EL DUQUE DE LORENA.

Primer cuerpo de infantería, Imperiales y Sajones, el conde de Caprara y sus ayudantes, el príncipe Luis de Baden y el príncipe de Salm. . . . . 4,500

Segundo cuerpo de infantería, Imperiales y Sajones, el príncipe Herman de Baden; sus ayudantes, el duque de Croy y Luis de Neuburgo. . . . . 4,500

Infantería sajona, Jorje III, elector de Sajonia; sus ayudantes Fleming, Trautmansdorf y Reuss. . . . . 6,400

Caballería polaca, Lubomirski. . . . . 3,500

Caballería sajona, id. . . . . 2,000

Total. . . . . 21,500

Piezas de artillería. . . . . 8

*Centro.*

EL PRÍNCIPE DE WALDECK.

Infantería de Franconia y de los círculos del Imperio, el príncipe de Waldeck, sus ayudantes, el feld-mariscal Golz y el teniente jeneral Reuss. . . . . 6,000

Infantería de Baviera, el jeneral Degenfeld; sus ayudantes, Sternau, Pressing, Mercy y Rompre. . . . . 9,000

Caballería de los Imperiales y de los Bavaros, el conde de Caraffa, el baron de Bayreuth, el baron Munster y el conde Gondola. . . . . 5,000

El marqués de Beauveau, sarjento de batalla. . . . . 5,000

Total. . . . . 20,000

Piezas de artillería. . . . . 8

*Ala derecha.*

EL CAPITAN JENERAL IABLONOWSKI.

Infantería polaca, Kontski; sus ayudantes, Doenhof, Wielopolski, Morsztyn, Sessevin, Lazinski, de Maligny. . . . . 7,700

Primer cuerpo de caballería, Sieniawski; sus ayudantes, Tarlo, Felix Potocki, Galecki, Lydzinski y Felkierzamb. . . . . 6,000

Segundo cuerpo de caballería, Iablonowski; sus ayudantes, Wisniowski, Mionczynski, Zamoyiski, Dobczye y Malachowski. . . . . 8,000

Rayters ó guardias de corps del rey, á las órdenes del teniente graduado Polanowski. . . . . 300

Caballería é infantería imperiales, el príncipe de Sajonia-Lauen-

burgo. . . . . 4,600

Aposentador de los ejércitos, Charczewski. . . . . 26,600

Total. . . . . 26,600

Piezas de artillería. . . . . 12

El ejército cristiano ascendia á

hombres, . . . . . 68,800

á saber:

Infantería. . . . . 41,000

Caballería. . . . . 27,100

Artillería, 28 piezas, pertenecientes á los cuerpos polacos. . . . . 700

Total. . . . . 68,800

*Explicacion de la limina: plan de la batalla de Viena.*

1. Posicion del ejército cristiano en la noche del 11 al 12.

2. Convento de los Camadulos. «Ejército cristiano»: 3. Lauenburgo. -- 4. Iablonowski. -- 5. Kontski. -- 6. Sieniawski. -- Waldeck. -- 8. Degenfeld. -- 9. Lorena. -- 10. Jorje III. -- 11. Lubomirski.

12. Línea atrincherada del ejército turco.

13. Baja de Buda. -- 14. Baja de Diarbakir.

15. Baterías. -- 16. Zanjas. -- 17. Arrabales quemados. -- 18. Baluarte de Lebl. -- 19. Baluarte de la corona.

cha con algunos millares de caballos y rechazaban en la llanura nubes de Tártaros persiguiéndolos hasta los montes de Estiria.

«Eran las cinco de la tarde, y Juan III se proponía pernoctar en el campo de batalla, remitiendo para el día siguiente, el completar la victoria. Pero las tropas, exaltadas con el triunfo alcanzado, marcharon contra los Otomanos, que arrollaron con ardor, y muy luego no se vieron mas que camellos que se apresuraban por los caminos de Hungría, ó las nubes de polvo que indicaban la dirección de los fugitivos. El gran visir, oponiendo su imperturbable serenidad al espanto común, aumentaba el desorden de sus tropas con aquella misma confianza que exasperaba los ánimos. Había venido á mandar la batalla, como se asiste á un triunfo, esperando que el ejército cristiano se estrellaría sin falta al pié de sus trincheras. Su alazan, cubierto de oro, estaba junto á su amo que respiraba tranquilamente el ambiente de la tarde, y protegido por los rayos del sol poniente, por una tienda de color carmesí, tomaba pacíficamente café con sus dos hijos. Las ardientes miradas del rey de Polonia median la profundidad de aquellas filas, buscando el paraje mas débil, cuando divisa la tienda en la que ve al visir. Inflamado á la vista de su enemigo, hace avanzar las dos únicas piezas que se habían podido subir á aquella altura, las apunta dirigiéndolas contra el suntuoso estado mayor, y promete cincuenta duros por tiro. Por desgracia los cajones no habían podido seguir, y algunas municiones llevadas á brazo se agotaron pronto. Todavía quedaba un poco de pólvora; pero faltaba papel ú otra cualquiera cosa para tacerlo. Un oficial francés suplió esta falta echando dentro del cañon sus guantes, su peluca y un paquete de gacetas de Francia, y salió el tiro. Por fin llegó la infantería, y el rey mandó que se apoderasen de una altura que dominaba el campamento de Kara-Mustafa. El conde de Maligny que la mandaba, arrolló las avanzadas y fué el primero que subió al reducto. Este

ataque inesperado siembra la incertidumbre en el campo enemigo. Kara-Mustafa dirige toda su infantería sobre el ala derecha y deja su flanco descubierto: el desorden y la turbación se manifiestan en toda la línea al ver este movimiento, y entonces Sobieski ya no duda del triunfo. «Están perdidos,» grita el duque de Lorena, mandándole al mismo tiempo que ataque repentinamente el centro mientras que él acomete aquellas masas desordenadas. Diríjese al punto en línea recta hácia la tienda roja que todos codiciaban. Su garzota blanca, su arco, su carcaj de oro, su fiel lanza y su escudo homérico que el leal Matezynski lleva delante de él, y sobre todo el entusiasmo que escita á lo lejos su persona, no dejan duda á los Turcos. Reconocen ver al temible Sobieski y retroceden aterrados. El nombre del rey de Polonia corre de boca en boca y hiela los ánimos de todos. ¡por Alá, exclamó dolorosamente Selim Gieray, no cabe duda que está con ellos!»

«En aquel momento los húsares del príncipe Alejandro Sobieski, mandados por Sijismundo Zwierchowski, que estaba al frente de las columnas, se precipitaron al grito nacional de: «¡Dios bendiga la Polonia!» El regimiento de Mionczynski llegó despues con el resto de los escuadrones dirigidos por Carlos Tarlo, Czarnecki, Andrés Potocki, Stannicki, Zamoyski, Leszczynski, Dobczyz y otros senadores y oficiales de la república. Saltan á toda brida una zanja en que hubiera vacilado la infantería, suben á galope, cierran con el enemigo, cortando en dos el cuerpo de batalla, justificando la famosa espresion de esta altiva nobleza á uno de sus reyes, de que con ella ningun revés era posible, y que si el cielo llegaba á desplomarse, los húsares lo sostendrían con las puntas de sus lanzas.

«El choque fué sangriento, pereciendo en él los bajáes de Alepo y de Silistria. Otros cuatro bajáes cayeron en el ala derecha á los golpes de Jablonowski. El gran intérprete Mauro-Cordato se fugó de la tienda de



*Cécile Reine de Pologne.*

Cecilia, Reina de Polonia.

Kara-Mustafá, el cual, abatido y conternado con tantos reveses, dió rienda suelta á sus lágrimas. «¿Puedes socorrerme?» le gritó al khan de Crimea, á quien arrastraban los fujitivos.—Conozco al rey de Polonia, respondió Selim-Gieray, y como ya os lo dije, nada nos queda que hacer con él, sino marcharnos. Mirad el firmamento, y ved si Dios no está contra nosotros. No obstante Kara-Mustafá procuró reanimar y rehacer sus tropas en el campamento, pero todos huían entregados á un profundo terror, y al fin tuvo tambien que alejarse y huir.

«A las seis de la tarde Juan Sobieski saltó la zanja bajo el fuego de algunos jenizaros que peleaban todavía y tomó posesion del campamento turco. Llegó de los primeros á las tiendas del visir, y un esclavo le presentó el caballo y estribo de oro de Kara-Mustafá, que entregó á uno de sus servidores dándole orden para que fuese á la reina y le dijese, que habia sido vencido el dueño de aquel estribo. En seguida, plantando sus banderas en aquel parador armado de todas las naciones del Oriente, prohibió todo desórden bajo pena de la vida, receloso de alguna sorpresa ó de que aquellos Turcos recobrados, volviesen á la carga durante una noche borrascosa y oscura. El rey durmió al pié de un árbol, despues de haber pasado catorce horas á caballo.»

Viena quedó libre al cabo de setenta dias de brecha abierta, y los Otomanos perdieron veinte mil hombres en esta batalla, de cuyo éxito dependia la suerte del Imperio. Las tropas aliadas contaron cuatro mil muertos, entre ellos mil y quinientos Polacos, si bien se encontraban entre estos últimos ciento veinte y dos oficiales.

Fácil le hubiera sido al gran visir triunfar sin combatir, bastándole guarnecer los angostos desfiladeros de Calemberg, donde debían empeñarse los Polacos antes de llegar á la capital imperial ó precipitar el asalto, pues Viena, reducida al mayor apuro, hubiera caido en su poder. Pero ni el valor de los Solima-

nes, ni la destreza de los Cuprulis no presidian ya á los destinos de la Turquía. El triunfo de Sobieski fué completo, y la batalla de Viena figura dignamente al par de las de Turs y Lepanto. El cristianismo le debió su salvacion, y la media luna victoriosa caminó hácia su decadencia.

ENTREVISTA DE SOBIESKI CON EL EMPERADOR LEOPOLDO.

1683. La entrada de Sobieski en Viena fué solemne; la muchedumbre se precipitaba á su paso, besando sus vestidos y colmándole de bendiciones como á un dios libertador. El comandante Stahzemberg fué el único que hizo los honores de la ciudad al héroe polaco; porque el emperador, de carácter tan envidioso como pusilánime, no quiso presenciar su triunfo. Tambien trató de evitar su presencia prestando la etiqueta, siendo objeto de grandes discusiones el recibimiento que debia hacer un emperador á un rey electivo. Al fin se decidió que la entrevista de los soberanos seria en campo raso.

El recibimiento fué frio y altanero. El ademan de Leopoldo desmentia las pocas palabras de agradecimiento que le apuntaba el noble duque de Lorena y que el emperador articulaba con trabajo. «Hermano mio, respondió Sobieski, me doy el parabien de haberos podido hacer este pequeño servicio; y presentándole despues el principe Jacobo, añadió: *Este es mi hijo, le educo para el servicio de la cristiandad.*» Pero como Leopoldo permanecia siempre inmóvil y mudo, Sobieski enojado volvió grupa gritando: *Marcho al ejército y dejo orden á mis jenerales para que os acompañen en la revista de mis rejimientos si en ello teneis gusto.*» Volvió á dar alcance á los Turcos, pero la suerte se declaró momentaneamente contra él; derrotado cerca de Parkany en Hungría, estaba en riesgo de perder la vida, cuando Carlos de Lorena, siempre jeneroso con su antiguo rival, acudió á su socorro. Este revés parcial fué muy luego reparado por Sobies-